

La Constitución Europea

La nueva constitución europea no fue a parar a la papelera pero quedó en el cajón de un escritorio. Las razones para que ello ocurriera representan una importante lección para los que estamos trabajando por la construcción de una Comunidad Latinoamericana de Naciones.

Cuando el canciller francés Robert Schuman anunció el 9 de mayo de 1950 la creación de la Comunidad del Carbón y el Acero definió al mismo tiempo la hoja de ruta de la Unión Europea: "Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto; se hará gracias a realizaciones concretas que creen en primer lugar una solidaridad de hecho." Cada vez que los dirigentes europeos olvidaron esa sabia orientación es cuando se generaron las crisis.

Nadie puede dudar que desde aquel lejano entonces Europa tuvo avances notables en la construcción de su unidad. Ha logrado formar el mercado único más grande del mundo, con 25 países, que serán 27 con Bulgaria y Rumania en el 2007. Tiene 450 millones de habitantes, con un parlamento común cuyas competencias se han ido extendiendo, con una legislación nacional que entre un tercio y la mitad se forja en la capital europea que es Bruselas y no en los parlamentos nacionales, con un cuerpo importantísimo de leyes comunitarias cuya observancia depende de la Corte de Luxemburgo y una Convención de Derechos Humanos obligatoria para todos los países miembros. El nivel de vida de los europeos ha crecido constantemente en este medio siglo de integración y varios países que eran pobres se enriquecieron luego de incorporarse a la Unión Europea. Y el objetivo político de que los países europeos no se peleen unos contra otros se ha cumplido cabalmente habiendo logrado cambiar la guerra por una administración pacífica de la diversidad. No obstante, el nacionalismo en cada país continúa siendo muy fuerte y la conciencia europea en los ciudadanos es muy débil. Después que los holandeses votaron en contra de la nueva constitución el primer ministro Jan Peter Balkenende declaró ante el parlamento que "los dirigentes, antes de avanzar más y de ir más lejos, deben acercar Europa a los ciudadanos." Este es, sin ninguna duda, el meollo de la cuestión. Mucho antes ya lo había dicho en nuestra región el ex presidente colombiano Belisario Bentancur: "No hay integración sin gente."

La burocracia de Bruselas ha desempeñado un papel importante en los avances de la unidad de Europa. Pero eso no alcanza, particularmente cuando se trata de la unidad política. Hace más de 10 años la Comisión Europea encargó a un equipo de técnicos de primerísimo nivel un trabajo sobre "los costos de la NO integración". Les llevó unos tres años realizar ese estudio tan importante para demostrar que sin integración los ciudadanos europeos tendrían costos mayores que al participar de la entonces Comunidad Europea. Pero el trabajo llevó varios miles de páginas en tres tomos y solamente lo leyeron algunos especialistas. No llegó a la gente. Tampoco la enseñanza que se imparte en Europa a los niños y a los adolescentes hace hincapié en la identidad europea de los ciudadanos de cada país. Y entonces las preocupaciones populares quedan centradas, como es lógico, en la economía. Creo que, en tales circunstancias, más allá de ciertas reservas británicas sobre la unidad política, le asiste razón al primer ministro Tony Blair cuando señala que el mayor problema que afronta la Unión Europea son los 20 millones de desocupados sin que la política económica ni el presupuesto comunitario hagan mucho por ellos. "Un presupuesto que gasta 7 veces más en agricultura (léase subsidios) que en tecnología, ciencia, investigación y desarrollo no es un presupuesto que se corresponda con las necesidades. Hay que realinear las prioridades de la gente con las prioridades de los políticos" agregó. Nosotros no podemos dejar de decir: totalmente de acuerdo.

Seguramente el NO de franceses y holandeses que paralizó la aprobación de la constitución europea no fue un pronunciamiento contra la Unión Europea sino contra su extensión y sus avances, sintiendo que ello podría implicar mayores costos para la gente en un momento de dificultades. Los políticos y los técnicos que hicieron un excelente trabajo con el proyecto constitucional sometido a plebiscito, bajo la dirección del ex presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, olvidaron que a la ciudadanía hay que informarla muy bien, hay que prepararla muy bien dándole una más amplia participación en cuestiones de tan alta importancia como sin duda lo son una mayor integración política y la ampliación de los países

miembros. Cuando eso deja de hacerse entonces los ciudadanos votan NO, aún ignorando el llamamiento de la inmensa mayoría de los partidos políticos, de las organizaciones profesionales y de las ONGs como ocurrió en Holanda. En nuestra América Latina, donde venimos muy atrás de los europeos en materia de integración, la constitución de Europa detenida en un cajón es una lección que tenemos que aprender con especial atención. Es claro que en el último cuarto de siglo hemos tenido avances importantes. La transformación de la ALALC en ALADI, creando nuevos instrumentos de comercio, permitió la liberalización de un 75% de los bienes que se exportan entre los países miembros. Los bloques subregionales centroamericano, andino y mercosuriano permitieron que el comercio intra-regional se multiplicara por cuatro. El Grupo de Río es, de hecho, el interlocutor de la región con el resto del mundo y ha permitido concertar políticas ante los organismos internacionales.

El Parlamento Latinoamericano, creado en 1964 e institucionalizado mediante un tratado en 1987, ha permitido armonizar leyes sobre temas importantes y es la voz parlamentaria de la región ante Naciones Unidas, la OEA, la Unión Interparlamentaria Mundial, el Parlamento Europeo y otros organismos internacionales. Los parlamentos sub-regionales centroamericano y andino y la Comisión Parlamentaria Conjunta del MERCOSUR han venido jugando un papel para democratizar las resoluciones de los órganos ejecutivos.

El año pasado comenzó la construcción de la Comunidad Sudamericana de Naciones, que representa el 75% del territorio latinoamericano, de su población y de su PBI, basada en tres pilares: la integración comercial, la integración física y la concertación política. No obstante continuamos siendo un continente cada vez más marginal, con 500 millones de habitantes de los cuales más de 200 millones son pobres e indigentes, sector este donde se da el mayor crecimiento poblacional. No llegamos al 6% del producto bruto ni al 5% del comercio del mundo. Nuestra inversión en investigación y desarrollo no llega al 2% del gasto mundial en esos rubros. Estamos por debajo del 6% de nuestra población conectada a Internet mientras que en Estados Unidos lo está cerca del 50%, en la Unión Europea cerca del 30% y en Asia cerca del 20%.

Tenemos por delante, entonces, un desafío gigantesco. Contamos con múltiples organismos y estamos embarcados en variados procesos de integración que requieren una nueva ingeniería, para asegurar una indispensable convergencia y atender con equidad las asimetrías existentes. La integración física y la digital deben constituir pilares fundamentales del proceso comunitario. Y obviamente la coordinación macroeconómica, la convergencia fiscal y el tratamiento de las inversiones, la seguridad jurídica común para todos los operadores de la economía y la armonización legislativa como eje central de las políticas públicas integradas deben constituir el objetivo mayor del esfuerzo integracionista.

Se trata, como es fácil comprenderlo, de una tarea ciclópea, de remontar una cuesta preñada de obstáculos y dificultades.

Por eso la participación de los partidos políticos desde sus bases populares junto con los demás actores de la sociedad: universidades, iglesias, gremios de trabajadores y de empresarios y ONGs es una condición sine qua non para asegurar avances sustanciales en la integración. Y por eso, también, resulta fundamental que la gente entienda, comprenda y se solidarice con cada avance. El tema educación para el desarrollo y la integración es una verdadera clave de bóveda para ello y la instrumentación del acuerdo entre el Parlamento Latinoamericano y la UNESCO para ese fin debe asumirse como una prioridad fundamental.

Está claro que el mundo actual muestra un escenario cada vez más competitivo, más complejo y más incierto. En tales condiciones solamente quienes están de espaldas a las realidades pueden creer que un país latinoamericano por sí solo, aunque se trate de los más grandes, puede desarrollarse de verdad sin estar integrado con los demás.

Juan Adolfo Singer